

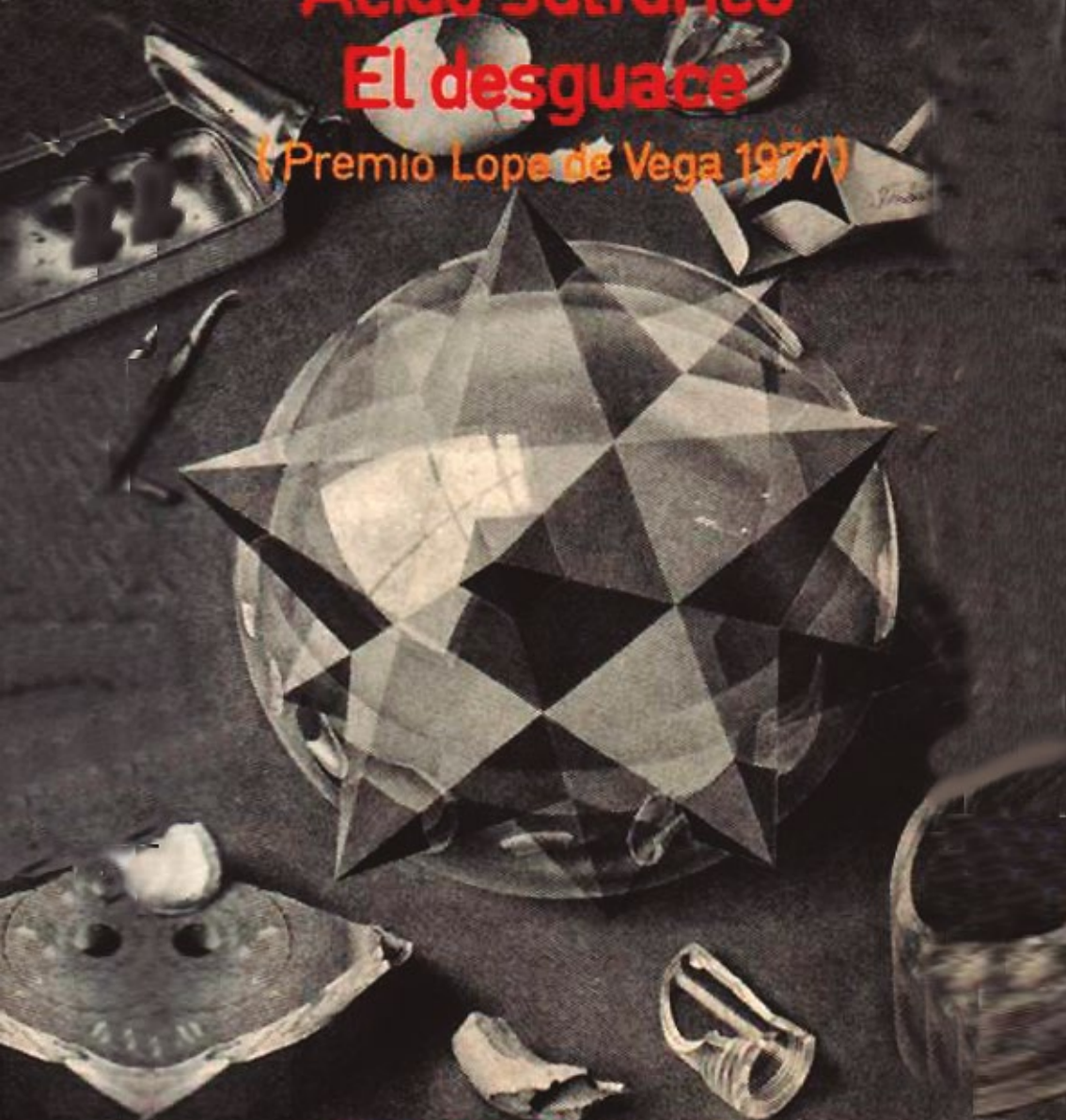
Alfonso Vallejo

El cero transparente

Acido sulfúrico

El desguace

(Premio Lope de Vega 1977)



espiral / teatro

El Cero Transparente

Alfonso Vallejo

Premio Fastenrath de la Real Academia (1981)

Año de escritura: 1977

PERSONAJES

BABINSKI

HOLMES

FOSTER

SIMON

CAROL

DOCTOR

AUXILIAR

VOZ EN EL ALTAVOZ

I

Parte I

Escena vacía. Únicamente, frente a frente, ligeramente inclinados hacia el público, dos asientos corridos. Nos encontramos en el compartimiento de un tren. Pitidos, ruidos por el altavoz de la estación. Los espectadores, supuestamente en el andén. Al pie de la portezuela de entrada, de uniforme, con una lista de pasajeros, un tipo corpulento, de mirada fría, mal afeitado, sucio, Babinski. Por un lateral aparece Holmes. A su derecha un acompañante que no dirá una sola palabra. Se acercan a Babinski.

HOLMES.- (Radiante de alegría.) ¡Excelente día!, ¿verdad?

(Silencio. Babinski le mira fijamente.)

¿No me ha oído? ¿No le parece que hace un día excelente? ¿Eh?

(Babinski le mira fijamente, empieza a canturrear.)

¿Está sordo? ¿No me ha oído?

(Babinski coge el billete que Holmes lleva en la mano, lo observa detenidamente.)

¿Comprende lo que le digo, señor?... ¿Es éste el tren de Kiu?

(Babinski le mira, sonríe sin decir palabra.)

¡Le estoy preguntando si es éste el tren de Kiu! ¡Conteste!

BABINSKI.- (Al acompañante.) Puede marcharse.

(Sale el acompañante.)

(Chillando.) ¡Sí...! ¡Éste es, estúpido! ¡Y el tiempo no es excelente para mi gusto! **(Se desabrocha el cuello.)** Hace un día repugnante.

HOLMES.- Escuche...

BABINSKI.- ¿Qué tengo que escuchar?

HOLMES.- No va a conseguir ponerme de mal humor. ¡Nada de eso! Hoy para mí es un día particularmente feliz...

BABINSKI.- Para mí, no.

HOLMES.- Está bien. Ya veo que con usted no se puede hablar... ¿Cuándo llegaremos a Kiu?

BABINSKI.- Depende.

HOLMES.- ¿De qué?

BABINSKI.- De cuando lleguemos.

HOLMES.- Si se intenta reír de mí...

BABINSKI.- Es más, no siempre se llega.

HOLMES.- ¿Qué quiere decir?

BABINSKI.- Kiu está muy lejos... ¡lejísimos! Y el viaje es duro... ¡durísimo! Hay que atravesar cordilleras, mesetas, riscos, colinas, oteros y pedrizas... montes, montículos, macizos, vados, terribles precipicios...

HOLMES.- Le pido por favor...

BABINSKI.- ¡Sistemas orográficos enteros, con todas sus derivaciones! Pero no perpendicularmente, sino longitudinalmente, ¿me entiende? De la primera a la última montaña. El trazado de la línea de Kiu, no se ha hecho científicamente como usted suponía, señor... No, ¡nada de eso! El trazado de la línea de Kiu se ha hecho a mala leche... para joder... ¿Lo sabía?

HOLMES.- (Perplejo.) Yo... no...

BABINSKI.- ¡Pues ya lo sabe...! Se ha puesto pálido, ¿eh? **(Sonríe sádicamente.)** No se lo esperaba, ¿verdad?

HOLMES.- (Amenazador.) Si se intenta burlar de mí... Si por alguna razón que desconozco, ha llegado a pensar por un momento...

BABINSKI.- (Interrumpiéndole.) Sé muy bien qué oscuras ideas están hirviendo en esa oscura cabeza.

(Coge el dedo índice de Holmes, con el que le estaba amenazando y se lo mete en la boca.)

HOLMES.- (Sacando el dedo.) ¡Usted no sabe nada! ¡Usted...! ¡No se vuelva a meter un dedo mío en la boca porque le mato!

BABINSKI.- Usted está pensando... pero ¿no hay túneles?... Y yo le contesto: ¡claro que los hay! ¡Muchos, muchísimos! ¡Manadas de túneles!... Pero no siempre están transitables. ¡Ah, no! A veces terribles desprendimientos de tierra

destrozan la vía... ¡Sí, amigo! A Kiu hay que ir con sumo cuidado... conteniendo la respiración, como por un alambre. Al menor movimiento en falso... ¡ras!, montañas enteras se desploman sobre el tren.

HOLMES.- Está usted loco.

BABINSKI.- ¿Loco, verdad? Y esas horribles y espeluznantes masas de hielo, ¿qué?

HOLMES.- ¿De qué habla?

BABINSKI.- Esas heladas gigantescas que cubren las estaciones intermedias, ¿qué? El tren pasa... pita... ¡piii! ¡piii...! un pitido muy leve, temeroso... acongojado... ¡Nada! Se mira alrededor... ¡Nada! Parece que la nieve ha devorado todo... Nada... ni un ser viviente, ni un hálito de vida... ni humo, ni nada... ¡Nada de nada! ¡Para que se entere, imbécil! ¡Para que sepa dónde se va a meter! **(Silencio.)** ¿No dice nada? ¿Verdad?... ¿Se ha quedado mudo?

HOLMES.- No... no me han dicho nada de esto... Al contrario...

BABINSKI.- Y esto no es más que el principio. Porque después del hielo, viene el desierto... Tampoco lo sabía, ¿verdad?

HOLMES.- ¿El desierto?... ¿De qué habla?

BABINSKI.- ¿De qué...? ¡Estúpido...! ¡Nunca habrá visto un desierto semejante, tan vacío, de tantos kilómetros, de tanta intensidad desértica! ¿Le gustan las emociones fuertes?

HOLMES.- (Coge a Babinski por una solapa.) Claro que me gustan.

(Le mira fijamente, con las mandíbulas apretadas. Holmes es un hombre corpulento, con un gran bigote. Gestos definidos, directos, agresivos. Lleva un traje de alpaca azul, muy arrugado. Denota una enorme capacidad de ataque.)

BABINSKI.- Pues va a disfrutar. Aquello es un horno. Muchos mueren de deshidratación.

(Babinski le quita la mano de un golpe en la muñeca. Silencio.)

HOLMES.- No lo entiendo... No lo entiendo. Me dijeron que era un viaje placentero, en un tren último modelo, con aire acondicionado, *restaurant*, azafatas...

BABINSKI.- (Mordiente, retador.) Yo soy la azafata. **(Silencio.)** Pero vengo disfrazada de mozo de estación. **(Le da un abanico de flores.)** Y éste es el aire acondicionado.

HOLMES.- A mí me dijeron...

BABINSKI.- (Con una extraña violencia.) ¡Mentira ! ¡Sé muy bien lo que le han dicho, estúpido !

HOLMES.- ¡No me vuelva a insultar !

BABINSKI.- ¡Lo que les dicen a todos!... Un paisaje viril y enjuto, ¿verdad? ¡Mentira ! ¡Túneles y túneles ! **(Tapándose los oídos, imitando el ruido del tren.)** ¡Tracatracatrá, tracatracatrá ! **(Con un rictus de dolor.)** ¡Piiii ! ¡Piiii... ! **(Al borde del colapso nervioso.)** ¡Pueblos, ciudades sin señal de vida... muerte, silencio, túneles, túneles, una noche interminable salpicada de fantasmas... ¿Me oye? ¿Me oye bien? ¡Y nosotros somos los fantasmas ! Pasajeros disputándose el espacio, el agua, la comida... sedientos, hambrientos, eróticos... despedazándose... al borde de la locura, intentando romper la estricta disciplina que yo tengo que imponer para llegar a Kiu. **(Pausa.)** Y ya, de paso, se lo quiero advertir: yo estoy al mando de este tren. ¿Queda claro? En ruta soy yo la máxima autoridad, el elemento jerárquico supremo y definitivo del tren. ¿Me oye?

HOLMES.- Le oigo.

BABINSKI.- Mis superiores consideran que yo soy el hombre ideal para tratar con ustedes. Por eso, desde hace diez años, hago esta misma línea... **(Mordisquea el puro.)** En la más absoluta de las soledades, siglo tras siglo, mañana, tarde y noche, mes tras mes, año tras año... con la cabeza llena de ruidos, sin familia, sin amigos...

HOLMES.- Está bien... Me empieza a cansar, caballero. No he venido aquí a escuchar sus lamentos. **(Sube al tren.)** Yo he venido a descansar...

BABINSKI.- ¿Verdad... ?

HOLMES.- ¡Necesito descansar ! ¡Urgentemente ! Yo... ¡Yo voy de vacaciones... !

BABINSKI.- Se va a acordar de esto, amigo... Ya verá el descanso que le espera.

HOLMES.- ¿Qué quiere decir... ?

BABINSKI.- Nada. Ventanilla de la izquierda.

HOLMES.- (Desafiante.) Nos volveremos a ver...

BABINSKI.- Nos vamos a ver. Claro que sí. Esto no ha hecho más que empezar.

(Holmes entra en el compartimiento, se sienta, mira a su alrededor, preocupado. Por un lateral llega Foster, con otro acompañante.)

FOSTER.- (Al acompañante.) Muchísimas gracias, caballero. Le quedo enormemente agradecido por haberme acompañado. Sin usted nunca hubiera dado con la estación. **(Le da la mano.)** Gracias de nuevo. **(El acompañante sale por un lateral.) (A Babinski.)** Perdón, señor, ¿es éste el tren de Kiu?

BABINSKI.- (Mordisqueando el puro con rabia.) *Ki.*

FOSTER.- ¿Qué?

BABINSKI.- (Mirándole de arriba abajo.) *Ka.*

FOSTER.- No le entiendo, perdone. ¿Es usted japonés?

BABINSKI.- *Kiu.*

FOSTER.- Exactamente... sí, el tren de Kiu. Eso le estoy preguntando... **(Explícito.)** ¿Kiu... ?

BABINSKI.- *Ko.*

FOSTER.- ¡Esto es para volverse loco ! ¡*Ka... ko... ki... !* ¡Pero qué lengua es ésta?

(BABINSKI le enseña los dientes.)

Pero... ¡Pero bueno... !

BABINSKI.- ¡Que sí, anormal ! ¡Que *Ki ! ¡Ka, ko, ki !* ¿No se entera?... ¡Vaya una conversación de memo que tiene usted !

(Cogiéndole de un brazo.)

Arriba.

FOSTER.- ¡Un momento !

BABINSKI.- ¡Nada de momento ! ¡Arriba !

(Le da un empujón.)

FOSTER.- (Lívido.) ¡No vuelva a tocarme... bestia!... Le he pedido una información y usted tiene obligación de dármela... Yo soy un hombre enfermo... yo... yo tengo diabetes...

BABINSKI.- ¡Y yo !

FOSTER.- ¡Hipertensión, gota, cirrosis, encefalitis... !

BABINSKI.- ¡Y yo ! ¡Yo también soy un moribundo ! ¡A enfermedades no me gana nadie !

FOSTER.- (Más alto, irritado.) ¡Oigo poco, casi no como, mi padre fue fontanero y mi mamá puta ! Mi abuelo tenía un circo...

BABINSKI.- (Sudoroso.) ¡Se acabó !

(Le coge en volandas y le sube al tren.)

¡Y el mío una pensión ! **(Cierra la portezuela.)**

FOSTER.- (Desde el pasillo, gesticulando.) ¡Rucio, villano, pastelero ! ¡Le pienso denunciar ! ¡Usted me lo tiene que decir; es su obligación !

BABINSKI.- ¿Qué quiere saber?

FOSTER.- Si éste es el tren de Kiu.

BABINSKI.- *Kiu.*

FOSTER.- (Golpeando el cristal.) ¡Nada de *Kiu* ! ¡O sí o no ! ¡Una respuesta normal, de persona sensata ! ¡*Kiu, ka, ki, ko* !... ¡O sí o no !

BABINSKI.- ¡Que sí ! ¡Que sí ! ¡Sordo ! ¡Detritus ! ¡Bayeta ! ¡Pobre hombre ! ¿Algo más?

FOSTER.- ¡Me está sacando de quicio... este tipo... ! ¿Hay... hay restaurant?

BABINSKI.- Yo soy el *restaurant*.

FOSTER.- ¡Imbécil ! ¡Respóndame correctamente ! Necesito saber dónde me he metido... ¡Lo quiero saber todo: hora de llegada, hora de salida, parte meteorológico... si hay aire acondicionado... !

BABINSKI.- Yo soy el aire acondicionado.

FOSTER.- (Intentando abrir la ventana del pasillo, inútilmente.) ¡Te mataré, mozo de mierda ! ¡No saldrás con vida de este viaje ! ¡Escoria ! ¡Cornúpeta, sádico, carnívoro de mierda, mamífero... mamón, hijo de puta ! **(Golpea la ventana.)** ¡La ventana ! ¡Que la rompo ! ¡Quiero salir !

BABINSKI.- Tranquilidad... Mucha tranquilidad. Las ventanas no funcionan.

FOSTER.- (Pegando el oído.) ¿Cómo?

BABINSKI.- Respire hondo mientras pueda. Refrésquese. Ya verá cuando lleguemos al desierto... Allí los mosquitos son de grandes como palomas.

FOSTER.- ¿Qué dice de las palomas? ¡Hable fuerte !

BABINSKI.- ¡Nada de palomas ! ¡En el desierto los mosquitos son de grandes como... como conejos... ! ¡Más, mucho más ! ¡Como corderos ! De una dentellada acaban con un hombre.

(Babinski anda por el andén, con las manos a la espalda. Foster le sigue por el pasillo, nervioso, intentando captar lo que dice.)

Y en cuanto a las aguas de *Kiu*... **(Ríe.)**

FOSTER.- ¿Qué les pasa? ¿Eh?

BABINSKI.- No son para la gota.

FOSTER.- ¿No? ¿Y para qué son?

BABINSKI.- Dan gota.

FOSTER.- (Golpeando el cristal.) ¡Cerdo!

BABINSKI.- Y son funestas para la hipertensión y la diabetes. **(Haciéndole un gesto con el pulgar hacia abajo.)** De esta no sale, amigo...

(Foster levanta el dedo medio de la mano derecha hacia arriba.)

FOSTER.- Lo veremos, cabroncete...

BABINSKI.- ¿Qué me ha llamado?... ¿Mozalbete?

FOSTER.- (Susurrando pero gesticulando mucho con la boca.) No me vas a amargar las vacaciones, pedazo de hijo de perra golfa...

BABINSKI.- ¡Vocalice! ¡Hable fuerte! ¡Que me entere!

FOSTER.- (Bajando más la voz.) Que me he enterado muy bien. Tu padre era chulo y tu madre batería en una orquesta de negros... **(Gesto obsceno como simulando un corte de un brazo con el otro.)**

BABINSKI.- ¡Como suba... le juro...!

FOSTER.- ¿Kí? No le oigo... **(Se pone las dos manos en las orejas y las mueve como si fueran alas, riéndose.)**

BABINSKI.- ¡Le juro que se va a acordar de mí!

(Foster se tapa los oídos con los índices y saca la lengua.)

FOSTER.- Acabo de romper mis relaciones con usted, caballero. Le ruego que me envíe una misiva.

(Foster entra en el compartimiento donde se encuentra HOLMES, se sienta. Silencio.)

¿Va usted a Kiu?

HOLMES.- *Ki.*

FOSTER.- ¿Otro? ¡Pero bueno... !

HOLMES.- *Ke.*

FOSTER.- ¡Kikiriki! ¡Vaya usted a la mierda! Me están haciendo convertirme en un mal educado, yo que siempre he presumido de ser exquisito en mis modales...

HOLMES.- El gallo.

FOSTER.- ¡El coño!

HOLMES.- ¡Qué pena que no nos entendamos! Con el viaje que nos espera... ¿Oyó lo de los mosquitos?

FOSTER.- ¿No habla usted mi lengua?

HOLMES.- No. **(Pausa.)** ¿Y usted la mía?

FOSTER.- Tampoco.

HOLMES.- ¿Lo ve? No sé cómo nos vamos a entender.

FOSTER.- Igual es que no nos vamos a entender...

HOLMES.- Lo estoy viendo. Y menos mal, porque tiene usted una cara...

FOSTER.- ¿De qué? ¿Qué le pasa a mi cara?

HOLMES.- ¿Me permite decírselo?

FOSTER.- Adelante...

HOLMES.- Espero que no lo tome como una impertinencia...

FOSTER.- ¡Que no! ¡Hable!

HOLMES.- ¿No hay espejos donde vive?

FOSTER.- ¿Por qué lo pregunta?

HOLMES.- No se lo digo con ánimo de crítica... pero tiene usted un moco pegado debajo del ojo izquierdo.

(Foster se levanta después de observar detenidamente a Holmes, se mira en el espejo, se limpia con un pañuelo.)

FOSTER.- Curioso lugar para tener un moco, ¿verdad? Parece como si mis mocos tuvieran patas... **(Sonríe.)**

HOLMES.- ¿Las tienen?

FOSTER.- (Mirando.) No. **(Permanece sin saber qué hacer, con el moco en la mano. Al poco se da la vuelta y lo tira por encima del hombro, al aire.)**
¡Hop!

(Se vuelve a sentar. Silencio. Holmes le sigue mirando.)

¿Y ahora?

HOLMES.- Hay más.

FOSTER.- ¿Qué? ¿Más qué?

HOLMES.- Tiene usted otro debajo de la oreja derecha.

(Foster se pone de pie de un salto, se mira.)

FOSTER.- ¡Efectivamente ! ¡Helo aquí ! No me explico cómo habrá llegado a un lugar tan poco apropiado... Pero ahora no tengo duda: mis mocos son mocos itinerantes. Está bien claro.

(Lo tira al suelo y lo pisa con fuerza. Se vuelve a sentar. Silencio. Holmes le sigue mirando.)

¿Me quiere decir de una vez qué le pasa? ¿Por qué me mira tanto? ¿Le gusto acaso?... ¿Es usted niña?

HOLMES.- No encuentro palabras... Verdaderamente no es ánimo de crítica pero creo que tengo obligación de decírselo... **(Pausa.)** ¿Por qué lleva calzoncillos de ese color tan horrible?

(Foster se mira a la bragueta.)

FOSTER.- ¡Anda...! **(Se sube la cremallera.)** Le ruego que me perdone... No lo he hecho con ninguna intención provocativa, se lo aseguro...

HOLMES.- De cualquier forma no me hubiera provocado.

FOSTER.- Es que... bueno... no soy obsesivo con mi aseo personal...

(Holmes le sigue mirando.)

¿No me cree? ¿Por qué me mira ahora?

HOLMES.- (Serio, grave.) Me estaba preguntando por qué no hay espejo donde vive.

FOSTER.- (Serio.) Pregúnteselo.

HOLMES.- Usted no es un vagabundo...

FOSTER.- No.

HOLMES.- La tela de su traje es buena. Y el corte, aceptable. Sus manos son finas. De un estudioso quizás. **(Pausa.)** ¿De dónde viene usted?

FOSTER.- Vengo de donde vengo y voy donde voy. Como usted. Como todo el mundo.

HOLMES.- ¿Por qué le molesta que le pregunte de dónde viene?

FOSTER.- Lo siento, no comprendo lo que dice. No somos de la misma nacionalidad. Lo siento. **(Mira por la ventana. Silencio.)**

HOLMES.- ¿Va usted a Kiu?

FOSTER.- Sí. **(Silencio. Es un tipo caquético, alto, escuálido, con lentes. Sus extremidades son largas, sus movimientos cautelosos. Tiene una mirada veridosa, inteligente, algo infantil. Sus actitudes están impregnadas de algo finamente humano, simpático y caliente. Sus desbordamientos de alegría alternan con fases en que permanece con la mirada perdida en**

el vacío y un vago rictus de tristeza.) No se lo creerá, pero hoy es el primer día que me pertenece verdaderamente desde hace muchos años. He estado sometido a extrañas y fuertes presiones que casi han acabado con la entereza... la poca entereza de que disponía. **(Pausa.)** Hoy es mi primer día de auténtica felicidad... Y es que he dejado atrás cosas horribles... situaciones tenebrosas y límites que hubieran acabado por destruirme. **(Pausa.)** Hoy tengo la impresión de que el mundo para mí empieza. Y empieza hacia delante, en este tren, hacia Kiu... esa tremenda... esa sorprendente ciudad donde espero pasar mi reconciliación primera y definitiva con la vida. **(Pausa.)** Estoy deseando llegar para quitarme la ropa y meterme en el agua. Desde niño tengo una fuerte devoción al mar. **(Pausa.)** Además la natación es mi deporte favorito.

HOLMES.- ¿Está seguro de que podrá nadar?... Mis referencias son que Kiu se encuentra en la montaña.

FOSTER.- Es usted un tipo extraño...

HOLMES.- No lo crea.

FOSTER.- A veces pienso que está usted un poco loco... Decir que Kiu está en la montaña... **(Pausa.)** Y su forma de mirar... sus preguntas...

HOLMES.- Me han enseñado fotos.

FOSTER.- Y a mí. Bellas fotos de las playas, con sus aguas verdosas y potentes olas, rodeadas de gigantescas palmeras y dulces verdores sorprendentes. En Kiu...

HOLMES.- (Interrumpiéndole.) Yo he visto fotos de sus montañas. **(Pausa.)** ¿Seguro que hablamos de la misma ciudad?

FOSTER.- Creo que sí... Pero... no puede haber montañas... A mí me han asegurado...

HOLMES.- A mí me han asegurado que en Kiu hay unos valles profundos y jugosos, cubiertos de verdores sorprendentes... Que las aguas de Kiu tienen una extraordinaria transparencia, que nacen de unos altos manantiales rocosos y son de cristalina pureza... En Kiu las frutas son variadas, el aire tibio, dulce

la templanza del clima... Me han dicho... me han asegurado que todo en Kiu parecía hecho a la dimensión del hombre, que allí la naturaleza parece surgir con una rara potencia, semejante a la del Paraíso... Eso es Kiu. Exactamente eso... Me han afirmado que allí la vida es posible. Que no es una vida pensada para la nada... como ésta que nosotros vivimos. **(Se seca el sudor. Inesperadamente ha hablado con un tono de profunda angustia y emoción.)** Y es que yo, señor, tengo urgente necesidad... Yo también he estado sometido a extrañas presiones... Yo... tengo urgente necesidad de libertad... y... **(Se vuelve a secar el sudor. Permanece callado, mirando fijamente a Foster.)**

FOSTER.- Bucólica descripción.

HOLMES.- ¿Verdad?

FOSTER.- Parece... casi parece que se ha ido usted inventando la ciudad durante mucho tiempo, haciéndola a su medida...

HOLMES.- (Serio.) ¿Quién es usted?

FOSTER.- A mí me han dicho que los hombres de Kiu, después de comer, duermen la siesta, indolentemente, sentados en el suelo.

HOLMES.- ¡No!

FOSTER.- ¡Sí!

HOLMES.- (Con un tono desconfiado.) Les dolerá el culo, ¿no?... **(Sonriendo.)** ¿Por qué no se echan en la cama?

FOSTER.- Se fija siempre en lo que menos importancia tiene... ¡Que si mocos en la cara, que si la bragueta está abierta, que si les debe doler el culo! ¡Y yo qué sé si les duele! ¡A mí, no! Pregúnteselo a ellos. Cuando llegue... ¿No comprende que no echarse en la cama no es un indicio de que no tengan sitio donde dormir?

HOLMES.- ¿No?

FOSTER.- Es... ¡es por... por...! ¡Porque en Kiu se vive de una forma natural, idiota! ¡Y además, de vez en cuando, se quitan las moscas con la mano, una a una, porque no tienen prisa, porque desde hace siglos llevan cultivando el arte superior: el arte de vivir!... En Kiu...

HOLMES.- ¡Ah !... Ya entiendo... Igual es que no tienen culo...

FOSTER.- ¿Me deja que le cuente de una vez lo que me han dicho !

HOLMES.- *Ki.*

FOSTER.- ¡Qué coño *ki* ! ¡Hable castellano !

HOLMES.- ¿Qué le han dicho?

FOSTER.- **(En un puro grito.)** ¡Me han dicho que la gente en Kiu se ama profundamente, que el sol es fuerte y que sus habitantes, aun viviendo en la más absoluta pobreza... ¿sabe lo que tienen?

HOLMES.- Hambre.

FOSTER.- ¿Pero qué le ha entrado de pronto?... **(Pausa.)** ¡Fe ciega en la luz, alcorchoque ! ¡Confianza en la luz ! ¡Como un sexto sentido sublime para la luz !... La luz es para ellos como un don natural que la vida les ha dado... ¡una facultad superior de reconciliación con la humanidad !

HOLMES.- ¡Me está usted dejando sordo ! **(Gritando.)** ¡No me grite más !

FOSTER.- ¡Gritaré cuanto me plazca ! ¡Yo estoy libre !, ¿me entiende? ¡Soy libre ! ¡Y he venido al mundo para gritar ! **(Grita.)** ¡Me está usted sacando de mis casillas, troglodita ! **(Se levanta furioso.)**

HOLMES.- Se le ha vuelto a abrir la bragueta...

FOSTER.- ¡Me importa un rábano ! **(Se sube la cremallera de un tirón, alarido de dolor.)** Ha sido por su culpa... **(Rictus de dolor, llevándose la mano a los genitales. Sale en dirección al pasillo.)**

HOLMES.- ¿Se va?

FOSTER.- ¡Sí ! ¡Con tal de no verle soy capaz de suicidarme, patán... rucio ! **(Sale como una exhalación. Se oye ruido de puertas. Al poco vuelve a entrar, se sienta, impasible.)** Están todos los compartimentos cerrados. Pero si hubiera encontrado un solo rincón donde aposentarme, me hubiera aposentado. Lo juro.

(Silencio.)

HOLMES.- ¿Le molesta si le digo que tiene otro moco pegado en la cara?

FOSTER.- **(Tirándose de los pelos, de pie.)** ¡Nooooo! ¡Pero vamos a ver!, ¿de dónde salen tantos mocos? ¡Y vengan mocos! **(Se mira al espejo.)** ¡Y la bragueta se me ha vuelto a abrir! **(Arrancándose partículas de la cara.)** ¡Y otro! ¡Y otro! ¡Efectivamente! ¡Soy un conjunto de mocos en descomposición! ¡Pues bien, sea como sea... no vuelva a dirigirme la palabra en toda su vida! ¡Le odio!

HOLMES.- ¿Es usted policía?

FOSTER.- ¿Yo? **(Se sienta al otro lado del compartimiento.)** ¡No! ¡Y no quiero volver a hablar con usted nunca más! ¿Queda claro?

HOLMES.- De acuerdo.

(Foster, nervioso, saca un pitillo, temblando, se lo pone en la boca. Busca cerillas. Inútilmente. Silencio. Se seca el sudor.)

FOSTER.- Oiga...

(Silencio.)

Oiga... por favor, ¿podría darme una cerilla?

HOLMES.- ¿Kí?

FOSTER.- ¡Necesito fumar! ¡Tengo los nervios a punto de estallar!

(Le intenta quitar de la boca un puro que Holmes ha encendido.)

HOLMES.- No. No hay fuego. Me tiene que pedir una cerilla de rodillas. Si no...

FOSTER.- ¡No lo verán sus ojos, cretino! Antes... muerto.

(Silencio, busca desesperadamente las cerillas. Se pone de rodillas, sumiso, sin decir palabra, Holmes le enciende el pitillo.)

HOLMES.- El tabaco va a ser su ruina.

(Foster fuma ávidamente, tose con fuerza.)

FOSTER.- ¿Sabe usted a qué voy a Kiu?

HOLMES.- No...

FOSTER.- A morirme. **(Pausa.)** Yo me estoy desintegrando.

HOLMES.- Vaya...

FOSTER.- Es duro reconocerlo, pero así es. **(Pausa.)** Yo entré en el lavabo con el deseo de afeitarme. Me miré en el espejo y noté algo sorprendente: se me había desprendido la cara. Tuve ganas de gritar y no pude. Me quise tocar los ojos y no los encontré. Hablé a mi alrededor pero no me reconocieron. Mi cuerpo había enfermado del sufrimiento. Necesitaba aire. No hubiera podido vivir ni un día más sin libertad. **(Silencio. Rostro lívido de Foster, desencajado, boqueante.)**

HOLMES.- ¿Dónde estaba?

FOSTER.- Después se me desprendió un riñón e hizo un ruido seco en el abdomen, como si fuera de esparto. Mi cuerpo se estaba despedazando, convirtiéndose en polvo. Me estaba muriendo. **(Pausa.)** ¿Por qué me ha preguntado antes si era policía? **(Pausa.)** ¿Temía algo?

(Silencio.)

HOLMES.- ¿Está seguro de que Kiu existe?

FOSTER.- Sí... creo que sí.

HOLMES.- ¿No se la estará usted inventando?

FOSTER.- Sólo me han hablado por insinuaciones. No tengo una idea muy concreta de dónde voy... Pero yo siempre he ido inventando las ciudades por donde he pasado... Yo hace años que vivo en la irrealidad... quiero decir... en mis delirios... inventándome. **(Pausa.)** Yo he estado en un manicomio. Hoy es mi primer día de libertad.

(Silencio, Holmes y Foster permanecen en silencio, absortos, inmóviles, con expresión grave y preocupada.)

ALTAVOZ.- (Voz de mujer.) Señores pasajeros... el tren de Kiu está próximo a salir. La Dirección de este Ferrocarril les quiere desear suerte. No queremos engañarles: más que un viaje van ustedes a emprender una aventura. La empresa, al mismo tiempo que les recuerda que no se hace responsable de la integridad moral y física de los viajeros, les ruega que perdonen todas las molestias que van a padecer: falta de lo más necesario para subsistir, ausencia de restaurant, aire acondicionado y lavabo, brutalidad de los empleados y pésimas condiciones del tren... Al mismo tiempo queremos salir al paso a ciertos comentarios absurdos que se han venido propagando últimamente. El tren de Kiu no es un tren hacia la muerte. El tren de Kiu, llega a Kiu, antes o después, como puede, pero siempre llega. En eso, señores, no vamos a defraudarles. Somos conscientes de nuestra responsabilidad.

(Silencio. Holmes y Foster se miran. Se levantan.)

FOSTER.- Pero...

(Entra Babinski.)

BABINSKI.- ¿No han leído lo que pone aquí? **(Enseña un viejo cartel, coge el pitillo a Foster de la boca, lo tira al suelo, lo pisa.)** Prohibido fumar... ¡Prohibido fumar! Lo dice bien claro, creo yo.

FOSTER.- Pero... ¡Esto es inaudito! **(Va hacia Holmes.)**

BABINSKI.- Déme ese puro.

HOLMES.- No.

BABINSKI.- ¡Déme ese puro le estoy diciendo!

HOLMES.- ¡No! ¡No! ¡Nunca se lo daré!

(Se lo quita de la boca, lo esconde. Babinski forcejea con él.)

¡Quieto! ¿Está usted loco?... ¡No se lo daré!

(Cuando está apunto de quitárselo, Holmes se lo tira a Foster. Foster a Holmes, Holmes a Foster. El puro desaparece. Babinski les mira, reconcentrado.)

BABINSKI.- El puro.

HOLMES.- ¿Qué puro?

FOSTER.- Yo no tengo nada... Yo no sé nada.

BABINSKI.- Ese puro tiene que aparecer ahora mismo.

HOLMES.- Búsquelo.

(Babinski se muerde el labio inferior, se da la vuelta, se dirige hacia la puerta, Foster le saca la lengua cuando se encuentra de espaldas, hace muecas con las manos. Babinski se vuelve rápidamente, coge a Foster por la solapa.)

BABINSKI.- ¿Qué ha hecho usted, cretino?

FOSTER.- ¿Yo? ¡Nada!

BABINSKI.- ¡Le he visto por el cristal! ¡Me ha sacado la lengua!

FOSTER.- ¿Yo?... Mentira...

BABINSKI.- ¡Verdad!

FOSTER.- ¡Se lo juro por mi madre!

BABINSKI.- ¡Déjese de juramentos! ¡Me ha sacado la lengua!

FOSTER.- ¡Se lo juro por mi padre!

HOLMES.- ¡Oiga...! ¡Pero quién se ha creído...!

(En ese momento aparece en la puerta Simón, un sujeto alto, delgado, elegante, con el pelo negro, peinado hacia atrás, con gafas negras y bastón blanco. Se ve rápidamente que es un ciego. Entra en el compartimento, tropieza con fuerza contra Babinski, que profiere un grito de dolor.)

SIMÓN.- Perdón... Lo siento de corazón...

BABINSKI.- ¡Me ha pisado un pie ! ¡Lo ha hecho adrede !

SIMÓN.- No, señor. Soy ciego. Le repito que lo siento.

BABINSKI.- ¿Quién es usted?

SIMÓN.- ¿Cómo?

BABINSKI.- ¡Su nombre ! ¡Rápido ! **(Mira en la lista.)**

SIMÓN.- Lo siento. También soy sordo. No oigo nada. Me tienen que perdonar. Soy una ruina. Oigo que grita pero no entiendo qué dice... Perdón, señores.

(Babinski le pone las manos como si se tratara de una bocina, al lado del oído.)

BABINSKI.- ¡Zambombooooo ! ¡Su nombreeee !

SIMÓN.- Ahora... ahora... ¿cómo?

(Se desplaza para oír mejor y pisa el otro pie a Babinski. Nuevo grito de dolor, salta por el compartimiento, cogiéndose el pie.)

Nada. Es imposible. Ni una palabra.

(Se da la vuelta, da a Babinski con el bastón en la cara. Nuevo alarido de dolor y rabia.)

¿He dado a alguien?... Lo siento. Les aseguro que lo siento, señores. Ya me quedaré sentado. No me moveré más.

(Simón se sienta, pone las manos encima del bastón, impertérrito.)

BABINSKI.- **(Furioso, cogiendo a Simón por la chaqueta, levantando el puño.)** ¡A usted... !

(Holmes le coge de la muñeca, con fuerza.)

HOLMES.- ¿No le parece que ya está bien?... Es un ciego...

BABINSKI.- ¡Suélteme !

(Holmes le coge de la otra muñeca, con una fuerza increíble. Babinski no se puede zafar.)

HOLMES.- ¿Quiere estarse quieto? Le ha pisado sin querer...

FOSTER.- Cuando llegemos a Kiu le pienso denunciar a las autoridades... ¡Para que lo sepa ! ¡Rufián ! ¡Prepucio !

BABINSKI.- ¿Qué dice del precipicio? ¿Qué me ha llamado?

FOSTER.- Bueno... yo...

BABINSKI.- ¿Pues sabe lo que le digo?... ¿Sabe cuál es mi respuesta? Déme la mano...

(Le coge la mano, se la pone en el trasero. Suena un potente cuesco pacificador.)

FOSTER.- ¡Oh !

(Babinski le saca la lengua.)

BABINSKI.- Y en cuanto a usted... prepárese, señorito. El viaje es muy largo y tremendos mis recursos y maldad. Mire... **(Se levanta la camisa.)** ¡Cicatrices ! ¡Por todas partes ! ¡De múltiples peleas ! ¡A cuchillo, a pistola ! Mire, estúpido, cicatrices y más cicatrices... **(Se baja los pantalones.)** Y aquí otra. **(Se da la vuelta.)** Mírela bien, cretino. **(Nuevo cañonazo.)** No sabe con quién ha venido a dar. **(Sale, altivo.)**

ALTAVOZ.- ¡Señor Babinski ! ¡Señor Babinski, pásese urgentemente por control ! ¡Rápido !

BABINSKI.- ¿Otra vez? Tú me quieres matar...

ALTAVOZ.- (Siempre con voz de mujer.) ¡Señor Babinski, pásese por el control !

BABINSKI.- (Chillando al altavoz.) ¡Que ya voy !

ALTAVOZ.- ¡Maleducado !

BABINSKI.- ¡Guarra!

ALTAVOZ.- ¿Guarra?... Como no acudas inmediatamente, no doy la salida...

BABINSKI.- ¿Que no?... Asquerosa... ¡Te voy a arrastrar! ¡Viciosa! **(Sale corriendo hacia el control. Silencio.)**

SIMÓN.- (Alargando el cuello como un perro, oliendo.) ¿Hay alguien más con ustedes?

HOLMES.- No...

FOSTER.- Pero...

SIMÓN.- Es curioso... ¿Faltará mucho para salir?

FOSTER.- ¡Oye!

HOLMES.- Oye perfectamente... ¿Está usted al menos ciego?

SIMÓN.- Sí, por desgracia.

FOSTER.- ¿Esperaba usted a alguien?

SIMÓN.- Bueno... sí. Creo que sí... ¿No han visto pasar a nadie? Una señorita... bellísima... Alguien...

FOSTER.- No.

HOLMES.- No ha venido nadie. Y llevamos un buen rato aquí...

SIMÓN.- Está bien.

(Foster y Holmes se miran, sorprendidos por la presencia de Simón, que tiene algo extraño, inmóvil, delgado, interno, como pendiente constantemente del menor ruido o movimiento.)

HOLMES.- ¿Va usted a Kiu?

SIMÓN.- Sí.

FOSTER.- ¿Conoce Kiu?

SIMÓN.- No. **(Pausa.)** ¿Hay más gente en ese vagón?

HOLMES.- Creo que no. Los demás compartimientos están cerrados.

(Silencio.)

SIMÓN.- Es... es una mujer alta, rubia, delgada, bellísima... ¿Están seguros de que no la han visto?

HOLMES.- Sí...

SIMÓN.- Perdone que insista... pero es para mí muy importante... Llevo... llevo buscando a esta persona mucho tiempo. Y sé que tiene que venir hoy a este tren... ¿No la habrán visto en el andén? ¿O subir a otro vagón? Quizás...

FOSTER.- Perdone. No.

HOLMES.- Ni yo. Seguro... Pero... ¿puedo preguntarle algo?... Tengo cierta curiosidad... ¿Cómo... cómo puede ir buscándola siendo ciego?

(Silencio.)

SIMÓN.- Es una pregunta razonable... verdaderamente... **(Pausa.)** Pues... no sé si lo van a creer; pero la busco por el canto de los pájaros. **(Pausa.)** Es que... claro, ustedes no pueden saberlo pero yo conozco... yo comprendo el canto de los pájaros, Los pájaros son mis más poderosos y únicos aliados.

(Silencio. Se miran.)

El lenguaje de los pájaros es un lenguaje inteligente y anunciador, cargado de signos, difícil de comprender.

(Silencio.)

FOSTER.- ¿No tendría una foto? Algo... Igual la he visto y no me he fijado en ella. Quizás puedo recordarla.

(Simón saca una página de una revista, doblada cuidadosamente.)

SIMÓN.- ¿La ven?

FOSTER.- Sí...

SIMÓN.-Tomen. Obsérvenla bien. **(Silencio.)** ¿La ven?

HOLMES.- Sí... No... no creo...

SIMÓN.- (Interrumpiéndole, con una extraña fuerza.) Desnuda... tumbada en el suelo, un suelo de adoquines rojos... ¿no es eso?

HOLMES.- Es bella.

SIMÓN.- ¿Bella? ¿No les parece bellísima?

FOSTER.- Muy bella, desde luego.

SIMÓN.- Miren sus pechos, sus caderas, su boca, sus ojos... todo. Miren. ¿No es un ángel?... ¿No es absolutamente bella, no es casi imposible?

FOSTER.- Tiene una noble expresión... **(Mira a Holmes, se encoge de hombros.)**

SIMÓN.- ¡Una expresión angelical !

FOSTER.- Eso quise decir...

SIMÓN.- Es mi ángel protector. No es una criatura de carne y hueso, no. Parece real pero es sólo una apariencia. **(Pausa.)** Yo sé quién es. Soy el único que conoce su verdadera naturaleza.

(Silencio. Holmes cruza las piernas, sin dejar de mirar a Simón intrigado. De pronto se abre la puerta y entra Carol Rosenbaum, una bellísima mujer, rubia, exuberante, potentísima, fina, angelical. Simón estira el cuello. Silencio.)

¿Quién ha entrado?

(Silencio.)

¿Quién... ?

CAROL.- ¿Me puedo sentar?

(Silencio. Lleva gafas de sol. Foster y Holmes la observan.)

¿Pasa algo, señores?... ¿Por qué me miran así?

FOSTER.- (Como sacudiendo la cabeza.) Perdón, señorita... Ha sido una simple confusión. Estábamos hablando de... Bueno, es igual. Por un momento...

HOLMES.- Siéntese por favor. Permítame...

(Coloca la maleta de Carol, se sienta, lee. Ruido de pájaros, por primera vez. Después silencio. Carol se ha sentado frente a Simón.)

SIMÓN.- Hola.

CAROL.- (Sorprendida.) Hola...

(Silencio.)

SIMÓN.- Creí que no llegaría a tiempo. El tren está a punto de salir.

CAROL.- No lo entiendo... ¿Nos hemos visto antes?

SIMÓN.- Usted no me conoce.

(Silencio.)

CAROL.- ¿Y usted a mí?

SIMÓN.- Sí.

CAROL.- Entonces...

(Silencio. De pronto toda la escena se mueve. Extraños ruidos de una máquina, medio animal, medio hierro, poniéndose en marcha. Tirones, chispas, cambios de luces. Entra Babinski, despeinado, abrochándose los pantalones.)

¿Entonces... ?

(Babinski abre la puerta, sonrío caballunamente. Silbidos, chispas.)

II

Parte II

Poderoso ruido del tren cruzando túneles y túneles, pitando, yendo hacia algún lugar que ni él mismo sabe, silbando a ciudades muertas, casi irreales, cubiertas por heladas gigantescas. Se oye un viento racheado, de muerte, intestino, callado, sibilino. La luz que entra por las ventanas es una luz fría, nocturna, crepuscular, moribunda. Todos permanecen inmóviles. Cuando habla alguien, los demás permanecen inmóviles, reconcentrados, como si no oyeran. Se va entrando en una atmósfera recogida, extraña, silenciosa y pesada. Cada ruido cuenta. Cada insinuación de movimiento, cuenta. Simón y Carol sentados frente a frente.

CAROL.- ¿Entonces... ?

SIMÓN.- Entonces... **(Pausa.)** Usted es un ángel que ha venido a salvarme. Usted habla; pero no habla. Usted lo que va diciendo, lo va diciendo con las manos. Usted y yo nunca más volveremos a separarnos, señorita. Porque yo la amo profundamente... en silencio... desde hace muchos años.

(Ruido del tren como música de fondo, tenue y suave, inexistente a veces. Pausa. Carol permanece inmóvil, observando a Simón.)

Usted es una aparición y un fantasma. Usted es un ángel salvador y es también una ficción. Usted es mi realidad superior y el punto culminante donde gira mi existencia. Yo, por usted, existo. Y por usted, si me lo permitiera, quisiera morir, señorita, si fuera preciso.

(Ruido del tren acompañando la voz de Simón, que habla casi sin mover los músculos de la cara, imperturbable, serio, como alguien que va soltando palabras pensadas largo tiempo en la oscuridad.)

Mi devoción por usted a tanto alcanza, que esto que parecen simples palabras dichas a prisa, de forma casi automática, son gritos y voces internas con las que yo le llamo.

(Silencio.)

CAROL.- Es una pena que no pueda entenderle. No comprendo lo que dice. Pero me encantaría hablar con usted. Qué pena que seamos tan diferentes. Qué pena no hablar la misma lengua...

SIMÓN.- ¿Verdad... ?

CAROL.- ¿No lo cree?

SIMÓN.- Es posible... No lo sé.

CAROL.- Si pudiera entenderle... aunque no fuera todo... algo... un poco... Parece tan interesante todo lo que dice... Pone usted una emoción en sus palabras... De verdad, me gustaría tanto poder hablar con usted.

SIMÓN.- ¿Para qué?

CAROL.- Tengo muchas cosas que decirle.

SIMÓN.- Por ejemplo...

CAROL.- Que tiene usted una cara muy simpática.

SIMÓN.- Ah...

CAROL.- También que sus cejas son formidables... y que sus ojos, aunque lleva gafas negras y sea usted ciego, deben ser bellos... verdesos, limpios y transparentes.

SIMÓN.- Siga. Siga, por favor...

CAROL.- Es inútil, ¿no cree? No hablamos la misma lengua. Seguro que no está comprendiendo nada de lo que digo...

SIMÓN.- Es igual, siga. Me lo imagino...

CAROL.- (Sonriendo.) También... también quiero decirle que tiene usted unos dientes bellísimos y que sus manos son bellas también y bella también la implantación de sus orejas. **(Pausa.)** ¿Algo más?

SIMÓN.- Siga, por favor, siga...

CAROL.- No se me ocurre nada más...

SIMÓN.- (Entusiasmado.) Yo estoy dispuesto a pagarle lo que haga falta... le cantaré una canción, lo que quiera... Pero hámbleme, señorita. Se lo suplico.

(Se empieza a escuchar la canción de Whitney Houston: "I will always love you" a lo lejos.)

Así... por lo menos... el viaje se nos hará más corto... Yo...

(Silencio.)

CAROL.- ¿Por qué me habla?... ¿Por qué me dice todo eso... ? ¿Quién es usted?

(Silencio.)

SIMÓN.- ¿Es usted modelo?

CAROL.- ¿Cómo lo sabe... ?

SIMÓN.- ¿Ha posado alguna vez desnuda?

CAROL.- ¿Por qué lo quiere saber?... Sí, alguna vez...

SIMÓN.- Sé más cosas de usted. **(Pausa.)** Es usted rubia, tiene los ojos verdes, la nariz pequeña, alto y duro el pecho, fuerte la cadera, las piernas esbeltas, recta la espalda.

CAROL.- Una descripción muy romántica.

SIMÓN.- ¿Es usted rubia?

CAROL.- Sí...

SIMÓN.- ¿Tiene los ojos verdes? **(Silencio.)** Respóndame, por favor.

CAROL.- Sí.

SIMÓN.- Sus genitales son apretados, la piel suave, alto el cuello. Sé muy bien cómo es usted. **(Pausa.)** Usted es una persona enferma, con una sensibilidad enferma...

CAROL.- ¡Por favor... !

SIMÓN.- De una inocencia casi inadmisibile... ¡Su candor es gigante, su capacidad de amor monstruosa, usted... !

CAROL.- Escuche, le ruego...

SIMÓN.- No me ruegue nada. Es inútil. Mi amor hacia usted es ciego, irrevocable, desesperado. Nada podrá librarla a usted de mí... **(Pausa.)** Quiero repetírselo una y mil veces: la amo, Carol.

CAROL.- Pero... ¿cómo sabe mi nombre?

SIMÓN.- Carol Rosenbaum. **(Pausa.)** Yo la estaba esperando. Sabía que hoy por fin, teníamos que encontrarnos.

CAROL.- ¿Quién se lo ha dicho?

SIMÓN.- Los pájaros

CAROL.- ¿Quién... ?

SIMÓN.- Los pájaros. Yo comprendo el lenguaje de los pájaros. Ellos son mis únicos aliados.

(Silencio. Carol se quita las gafas, mira a Simón detenidamente. Carol no se incorporará en las palabras. Será su presencia dramática, sus actitudes, su forma de moverse, su esplendor y sensibilidad física lo que formará la trama de su personaje. Carol pasará de la sorpresa silenciosa a la emoción cutánea. Carol es un personaje despellejado. El espectador debe advertir en su piel finísima, casi desgarrada, su brutal dolor y misterio. Su ropa, su atuendo, su maquillaje, su extraordinaria elegancia y empaque, deben resaltar su casi inexistencia.)

CAROL.- ¿Me ha visto antes?

SIMÓN.- Sí... bueno, no... O quizás, sí. No estoy seguro. **(Pausa.)** Usted ha posado desnuda, hace años. Usted estaba en un jardín, y al fondo plantas gigantes le cubrían la cabeza. Usted se hallaba allí desnuda, implantada ahí en medio de aquel parque exuberante, en esa jungla de ramas y hojas...

CAROL.- Era... era un vulgar decorado...

SIMÓN.- Desnuda, bellísima, intangible en el centro de aquella selva...

CAROL.- Usted... delira... Señor, le ruego que no siga hablando. Me estoy poniendo enferma...

SIMÓN.- No conseguirá hacerme callar. Tengo muchas cosas que decirle. Esto no es una erupción cutánea...

CAROL.- ¿De qué habla?

SIMÓN.- Esto es amor saliendo por los poros, devorándome, locura, vitalidad asaltándome por usted... comiéndome, royéndome...

CAROL.- ¿Cómo ha podido ver esa foto estando ciego?

(Ruido del tren. Silencio.)

SIMÓN.- Una pregunta inteligente. Muy aguda. **(Pausa.)** No la he visto. Pero me la han contado una y mil veces. **(Pausa.)** En el manicomio donde yo estaba, su foto hizo explosión. El día que alguien trajo la revista donde figuraba su foto, muchos... muchos... se volvieron más cuerdos.

CAROL.- En un manicomio... Es curioso...

SIMÓN.- Hoy es mi primer día de libertad. Después de largo tiempo en la oscuridad, vuelvo a la luz. Y espero que la luz nunca más me abandone. La falta de libertad ha sido algo...

CAROL.- ¿Qué... qué le pasaba? ¿Cuál era su enfermedad, si puedo preguntarlo?

SIMÓN.- Comprender el canto de los pájaros.

CAROL.- ¿Es eso una forma de locura?

SIMÓN.- Al parecer, sí.

CAROL.- Extraño, ¿no?

SIMÓN.- Los pájaros dicen cosas muy interesantes de los humanos. Los pájaros lo escuchan todo, lo ven todo de tan alto, con tanta precisión que... **(Pausa.)** Conocen las pequeñas debilidades de la naturaleza humana. Y a quien las practica. Conocen al infame, al ruin, al malvado... a casi todos los conocen... al gobernante deshonesto, al poderoso, al depredador... La memoria de los pájaros es prodigiosa, alta su sensibilidad. **(Pausa.)** Primero me procesaron por difamación. Un ciego que acusa de cosas que no ve ni ha visto, es algo sorprendente. Y cuando a uno le piden las pruebas y responde que se lo han dicho los pájaros... imagínese. La sociedad es algo muy serio. No se acepta a los pájaros como testimonio.

CAROL.- Por lo cual...

SIMÓN.- Dijeron que tenía perturbadas mis facultades mentales. Me encerraron en un manicomio.

(Silencio.)

CAROL.- Pienso que es maravilloso hablar de esta forma, sin entenderse, suponiendo por los labios lo que dice el otro. **(Pausa.)** Es usted uno de esos hombres de los que yo podría enamorarme. Yo creo en el amor con todas mis fuerzas... El amor es lo único para lo que yo estoy diseñada. **(Pausa.)** Pero le ruego, señor, que no... que no juegue conmigo... yo... yo no me encuentro todavía bien. Yo acabo de superar una grave crisis... y estoy recuperándome... todavía. Para mí, curiosamente y por una extraña coincidencia, también es hoy mi primer día de libertad. Yo también vengo de un manicomio.

(Silencio.)

SIMÓN.- Extraña coincidencia. Tiene razón. Quién podría decirlo... ¿Qué le pasaba?... ¿Por qué la encerraron?

(De pronto, ruido de túneles y túneles, repitiéndose, invadiendo la escena. Se ve a Carol mover los labios, casi imperceptiblemente pero el espectador no oye nada. Nunca sabrá por qué Carol, ha estado en un manicomio pero sacará alguna conclusión aproximada por la gesticulación de Carol, muy expresiva, llena de matices. Después permanece inmóvil, lentamente, sin dejar de mirar a Simón. Silencio. Ruido del tren deslizándose, casi imperceptiblemente.)

CAROL.- (Con voz grave.) Me estoy enamorando de usted, señor... a pasos agigantados. Lo siento, siento decírselo... No sé si me oye con el ruido del tren. Tampoco sé si me comprende. Pero en el fondo, es igual. Nada de esto tiene sentido. Yo necesito descansar. Definitivamente. Auténticamente. Me duele la cabeza... Usted no se puede imaginar en qué condiciones he vivido en los últimos años... Debo controlarme. Es preciso que me serene... **(Pausa.)** ¿Me oye?... ¿Comprende lo que le digo?... ¿En qué está pensando?

(Silencio. Simón adelanta la mano, toca la cara de Carol, suavemente, delimitando cada contorno. Después cruza las manos sobre el bastón y permanece frente a Carol, como si la estuviera observando. Máximo nivel de la grabación. De pronto, silencio.)

FOSTER.- (A Holmes.) ¿Duerme?

HOLMES.- Tengo los ojos cerrados pero no duermo.

FOSTER.- ¿Ha estado atento a la parejita?

HOLMES.- No.

FOSTER.- ¿Entiende lo que dicen?

HOLMES.- No, no sé de qué nacionalidad serán... ¿Por qué?

FOSTER.- He creído oír algo de un manicomio...

HOLMES.- ¡No me diga...! De un manicomio... No sé qué puede significar. ¿Por qué se extraña?

FOSTER.- ¿No le parece extraño oír hablar de un manicomio en un tren de turismo?

HOLMES.- ¿Y a usted?

FOSTER.- A mí, sí. Porque... yo también vengo de un manicomio.

HOLMES.- Muy interesante. **(Pausa.)** ¿Qué le inquieta?

FOSTER.- Se me ha ocurrido pensar en cosas extrañas.

HOLMES.- ¿Tanto le afecta esa palabra?

FOSTER.- Bastante.

HOLMES.- Le veo nervioso. Le están temblando las manos. ¿Se encuentra bien?

(Silencio.)

¿No me contesta?

FOSTER.- Es que he sentido por un momento frío en la cara, como si se hubiera levantado alguna corriente. Algo parecido al vuelo de un pájaro.

HOLMES.- ¿Aquí? ¿En este compartimiento?

FOSTER.- Aquí.

HOLMES.- Aquí que yo haya visto, no hay ningún pájaro... ¿A qué se refiere?

FOSTER.- Le repito que he sentido como un aleteo. Y tengo buena sensibilidad para esas cosas... Digamos que una sensibilidad enferma, de enfermo. Yo sé que aquí está pasando algo. Lo siento. Lo noto... En este aire hay circulando como una melodía... un ruido particular... Estamos en peligro. Algo muy grave puede ocurrir. La muerte anda por aquí, rondando. Yo... la huelo. Yo puedo olerla. La siento. Sé que está aquí.

(Silencio pesado. Efectivamente, algo pasa en el ambiente, algo espeso y palpable.)

HOLMES.- ¿Cómo puede usted oler la muerte?

FOSTER.- Experiencia. He sido médico. He visto morir a cientos de enfermos. Tengo costumbre de ella. Yo he vivido instalado en el sufrimiento humano durante muchos años... Con frecuencia, sentado en la cama de un moribundo, he sentido esta misma sensación... A veces me he preguntado qué explicación podía haber... de dónde venía este movimiento del aire... Ahora creo, se va usted a reír, que la vida es posible porque hay ángeles.

HOLMES.- Ah...

FOSTER.- Seres invisibles que permiten que la vida se realice, y fueran arrojándonos con sus alas, protegiéndonos, impulsándonos... Pero un día levantan el vuelo y entonces queda uno desprovisto, inmóvil, indeciso, condenado para siempre a la eterna soledad... El riñón cae en el abdomen.

HOLMES.- ¿De qué está usted hablando?

FOSTER.- Y hace un ruido sordo. Se está uno muriendo. Es el fin. Hoy el bazo, mañana un pulmón. Entonces es inútil intentar nada. Es el fin. **(Pausa.)** ¿Cree usted en la compasión?

HOLMES.- No sé por qué me pregunta eso... Sí...

FOSTER.- Pero ¿firmemente? ¿Como hay que creer en la compasión... ?

HOLMES.- Acabe.

FOSTER.- Yo, sí. **(Pausa.)** Firmemente. A mí el dolor humano, cuando no tiene solución, me parece algo monstruoso. **(Pausa.)** Yo era médico. Tenía en mi sala a tres enfermos incurables. Los tres con dolores insoportables. Los tres sin salvación posible. Los tres sufriendo hasta el límite de su resistencia. Pero viviendo. Sobreviviéndose. **(Pausa.)** Nadie puede imaginarse, a veces, lo que un hombre tarda en morir. Y qué agonía más espantosa es la de un ser muriendo con dolor. **(Pausa.)** Yo les maté. A los tres. Creo que me lo agradecieron profundamente. La morfina intravenosa calma auténticamente el dolor. Y en dosis altas, lo arranca de raíz.

(Silencio.)

HOLMES.- ¿Qué tiempo ha estado encerrado?

FOSTER.- Seis años. **(Pausa.)** No creo que lo hubiera podido aguantar ni un día más. Necesito llegar a Kiu. Respirar. Yo ya nunca más podré vivir entre cuatro paredes. La vida sin libertad es mejor no vivirla. Atajarla. Yo tengo gran confianza en la morfina.

HOLMES.- Le comprendo bien. Yo también he estado en un manicomio. Doce años.

FOSTER.- No me diga...

HOLMES.- Doce. Seis más que usted. Doce siglos interminables.

FOSTER.- ¿Qué le pasaba? ¿Por qué le encerraron?

HOLMES.- Por chillar.

FOSTER.- ¿Por chillar? ¿Qué quiere decir?

HOLMES.- No le miento. Por chillar mucho. Y muy fuerte. Lo mío no era un chillido vulgar y corriente. Lo mío era una explosión, un cañonazo. Una avalancha de rabia, saliéndome por la garganta. Mi hijo había muerto apaleado por la policía. ¿No le parece que es una buena ocasión para gritar?

FOSTER.- Desde luego.

HOLMES.- Era su primer año en la universidad. La autopsia demostró que se le había formado un coágulo de sangre en el cerebro como consecuencia de un golpe. Tardó media hora en morir... No era más que una simple manifestación política de estudiantes... algo inocente... pero que le costó la vida. **(Pausa.)** Fui al jefe superior de policía. Llevaba una carta de protesta firmada por muchos padres, en contra de la violencia. **(Pausa.)** Recuerdo que me hicieron esperar un rato. Entré en su despacho... Cuando le vi frente a mí, cuando le iba a entregar la carta... no sé qué me pasó... Fue como una bocanada de ácido en la boca... Sin saber por qué, empecé a gritar, ¡ante su cara!, ¡a los ojos, a la boca!... Y le seguí por la calle y grité... ¡grité ante la Presidencia del Gobierno!, grité, un día, dos, tres... Y se formó un coro... **(Sonríe.)** Me detuvieron. Cuando me soltaron, volví allí, a la misma puerta, una hora, dos... semanas, meses... Cuando un hombre está dispuesto a gritar por algo, callarle es muy difícil. La potencia del grito es incalculable. No hace falta derramar una sola gota de sangre. En seguida se unen otras voces, se forman filas de gentes, corros, multitudes de justos que sólo la violencia puede callar.

(Ruido del tren. Túneles. Viento gélido.)

FOSTER.- ¿Qué le diagnosticaron?

HOLMES.- Fueron cambiando los diagnósticos. Esquizofrenia... neurosis... paranoia... Al final optaron por llamarle depresión vociferante. No se les ocurrió nada mejor. **(Pausa.)** Yo tampoco creo que hubiera podido aguantarlo ni un día más. Me encuentro agotado. Yo tampoco tengo una idea concreta de Kiu. No tengo certeza si se encuentra en la playa o en la montaña. Pero en el fondo me da igual. En el manicomio me dijeron que era un pequeño paraíso... Tuvieron hasta la gentileza de sacarme el billete y acompañarme hasta la estación.

FOSTER.- A mí también. **(Pausa.)** También me hablaron mucho de Kiu. **(Pausa.)** ¿Sabe una cosa?... Quisiera ser amigo suyo.

(Después de unos instantes de silencio, Holmes saca un pitillo, se lo tiende a Foster, le da fuego. Fuman en silencio. Hay algo entrañable que se ha ido creando entre los dos hombres. Al mismo tiempo, se va haciendo de día, lentamente. Luz progresiva en el compartimiento,

sol; ruido de pájaros. Se ha producido un cambio radical en el clima. Empieza a hacer calor. Atmósfera limpia. En los reflejos sobre las caras y asientos multicolores se aprecia que fuera, con el inicio del día, una naturaleza exuberante empieza a despertarse. Carol y Simón, que habrán permanecido prácticamente inmóviles y casi en la oscuridad de su rincón, miran hacia Foster y Holmes, se mueven en el asiento. Alguien se despereza.)

¿Saben ustedes dónde estamos?

CAROL.- No...

SIMÓN.- ¿Es de día?

CAROL.- Sí...

FOSTER.- ¿Cuánto faltará... ? **(Pausa. Estira las piernas.)** ¿No tienen calor?

CAROL.- Un poco.

FOSTER.- Si no les importa, voy a abrir la ventana. El aire está algo cargado. **(Se levanta, intenta abrir la ventana, sin conseguirlo.)** ¡Vaya ! Está atrancada...

(Hay un extraño silencio. Se miran. Simón estira el cuello, escucha atentamente. Holmes, serio, se levanta, intenta abrirla, con cierta violencia, sin conseguirlo. Golpea el cristal. Silencio. Se miran.)

CAROL.- ¿Y eso... ?

SIMÓN.- ¿No se abre la ventana?

CAROL.- Parece ser que está atrancada...

(Holmes va hacia la puerta del compartimento. Tira con fuerza. No consigue abrirla.)

HOLMES.- Pero... ¿qué significa esto?

SIMÓN.- ¿No se abre?

HOLMES.- Eso parece... **(Mira el picaporte.)** Estamos cerrados. Esta puerta está cerrada con llave. Por fuera.

(Silencio.)

FOSTER.- ¡Dios mío ! ¡No !

CAROL.- ¿Cómo... ? ¿Cerrada?

(Holmes empieza a dar puñetazos y patadas a la puerta. Grita. Aparece Babinski por el pasillo.)

BABINSKI.- (Desde fuera.) ¡Silencio ! ¡Silencio he dicho !

HOLMES.- ¡Abra esta puerta inmediatamente !

BABINSKI.- (Sonriendo a través del cristal.) ¿Cómo... ? ¿Que la abra? **(Niega sarcásticamente con la cabeza.)** Imposible. Esta puerta no se abre. Es una puerta. Pero falta a su razón de ser. Porque es una pared. Una pared transparente, con cristal, pero infranqueable. **(Pausa.)** Lo siento.

HOLMES.- (Golpeando el cristal.) ¡Oiga !

BABINSKI.- ¡La puerta quedará cerrada !... ¡Silencio ! ¡No pienso permitir la menor alteración del orden de este tren ! ¡Estoy autorizado para imponer el orden !

FOSTER.- ¡No !

CAROL.- ¿De qué habla? ¡Imponer el orden?

FOSTER.- (Lívido, pero sin fuerza, comprendiendo la situación.) Exijo... exijo una explicación... Usted no puede...

BABINSKI.- ¿Que no puedo?... ¿Dónde creáis que ibais, estúpidos? ¿De excursión? ¿A un centro de reposo, verdad?... ¿Qué os han dicho, desgraciados? **(Pausa.)** ¡Necios ! ¡Vais al manicomio de Kiu ! ¡Idiotas !

FOSTER.- No...

(Se deja caer en el asiento. Simón se pasa la mano por la frente. Carol cierra los ojos.)

BABINSKI.- ¡Un agujero de cemento rodeado de pantanos! ¡Sin puertos, sin pájaros, sin playas, sin montañas! ¡Ahí vais! ¡Necios!... ¿Qué queráis que os contaran de Kiu?... ¿Que es un cenagal infecto?

HOLMES.- Oh...

BABINSKI.- ¡Vaya caras...! ¿Qué os ha entrado, eh? ¿Os ha caído mal?... No es posible... Si parece que estáis mareados... Qué fachas... **(A Simón.)** Y tú parece que también lo has oído, ¿verdad?... O quizás no. ¿Te lo repito más alto?... ¿Sí? ¿Quieres de verdad saber lo que hay en Kiu? Pues... pues una cárcel manicomio, querido, para enfermos altamente peligrosos, ¿entiendes? Un cubo de cemento, sin ventanas ni aire, de altas paredes irrompibles, inexpugnables, manchadas por el odio de los que se pudren allí.

(Se seca el sudor, mordisquea el puro. Silencio. Simón ha vuelto a su posición inicial, imperturbable, con las manos cruzadas encima del bastón, frente a Carol.)

¿Me oyes, bicharraco? ¿Me oyes bien? ¡Habla! ¡Respóndeme, cerdo!... ¿O es que no te importa?... Como entre... como entre te voy a asar, hijo de p...

(Sale como una exhalación, fuera de sí, secándose el sudor, con los puños cerrados, entre una nube de humo maloliente. Silencio denso. Calor creciente. Ruido de pájaros. Simón de vez en cuando, gira levemente la cabeza, como prestando atención. Foster se acurruca en un rincón, se tapa la cabeza con la chaqueta. Desde que Babinski les ha dicho dónde van, ha permanecido con los ojos cerrados. Holmes, con la mirada perdida en un punto, las mandíbulas apretadas y una severa expresión de rabia y dolor.)

HOLMES.- **(En una especie de letanía ininteligible.)** Traidores... cerdos... degenerados... **(Pausa.)** Traidores... cerdos... canallas... asesinos, hijos de perra.

(Carol se pone de nuevo las gafas de sol.)

SIMÓN.- ¿Está usted llorando?

CAROL.- No.

SIMÓN.- ¿Qué ha hecho? ¿Por qué se ha movido?

CAROL.- Me he puesto las gafas de sol... **(Pausa.)** Mis gafas son tan negras... tan absolutamente negras... que casi no distingo ni los bultos. Son bastante agradables.

(Silencio.)

SIMÓN.- ¿Está triste?

CAROL.- Un poco. Me hacía tanta falta descansar... Había pensado tanto en este viaje... Me habían hablado tanto de Kiu...

SIMÓN.- No llore, por favor...

CAROL.- No estoy llorando...

SIMÓN.- Sí. Está llorando.

(Carol, en silencio, mete un dedo por debajo de la gafas y se seca las lágrimas. Silencio.)

No llore. Se lo pido por favor...

(Simón alarga la mano, le toca la cara, le limpia las lágrimas con una enorme ternura. Carol coge la mano de Simón. Este da un respingo, como electrizado. Carol le acaricia la mano, suavemente. La expresión de Carol es de profunda tristeza. Sigue llorando en silencio.)

Señorita...

CAROL.- Lo siento.

(Suelta la mano. Quedan frente a frente, mirándose a través de gruesas gafas oscuras, tan oscuras que no entra ni la luz. El tren da un pequeño frenazo. Foster se inclina hacia delante, en bloque, queda en equilibrio inestable y se desploma en el suelo. Tiene toda la camisa cubierta de sangre y dos profundos cortes en cada brazo. Alarido de Carol. Holmes se agacha, le intenta levantar. Está muerto. Babinski aparece en el pasillo, atraído por el grito de Carol.)

BABINSKI.- (Gritando.) ¡Doctor ! ¡Doctor !

(Abre la puerta. Holmes, al ver la puerta abierta, se tira contra él, le golpea fuertemente en la cara, intentando escapar. Aparecen el Doctor y un fornido Auxiliar. Sujetan y reducen a Holmes. Golpe del Auxiliar a Holmes, en la nuca. Cae al suelo, inconsciente. Le ponen una camisa de fuerza. El Doctor ausculta a Foster, le mira las pupilas.)

DOCTOR.- (Al Auxiliar). Está muerto. Sáquelo de aquí. Se ha cortado los dos brazos.

(El Auxiliar arrastra a Foster fuera.)

SIMÓN.- Por favor...

DOCTOR.- ¡Silencio ! ¡Silencio absoluto ! Tranquilícese. No ha pasado nada. Dentro de poco estaremos en Kiu... **(Se seca el sudor, confuso, nervioso.)** Tan bien como iba todo... **(A Babinski.)** ¿Cómo se encuentra? ¿Le ha hecho daño?

BABINSKI.- (Conteniéndose la sangre, sin dejar de mirar a Holmes, inconsciente.) No es nada. Ya tengo costumbre de estas cosas...

DOCTOR.- Déjeme que le mire...

BABINSKI.- (Rojo de ira.) ¿Sabe lo que le digo, doctor?...

DOCTOR.- ¿Qué le pasa?

BABINSKI.- Mire usted a su padre... ¡No me ponga las manos encima !

DOCTOR.- Está usted nervioso...

BABINSKI.- (Señalando a Holmes.) La próxima vez que me ponga las manos encima uno de estos chiflados... le juro que le atravieso... ¿Me oye? ¡Y vaya pensando qué les va a decir a sus superiores, doctor ! ¡Porque esto se ha acabado ! ¡Este es mi último viaje a Kiu ! ¿Me oye? ¡Me tienen ustedes hasta las narices ! ¡Se van a meter en el culo la prima que me dan por peligrasidad !

DOCTOR.- Este no es momento...

BABINSKI.- ¡Claro que lo es! **(Le da una patada a Holmes, todavía inconsciente.)** Le juro que le mato... Si me levanta otra vez la mano... **(Sale del compartimiento. Se oye un portazo.)**

AUXILIAR.- **(Señalando el cadáver de Foster.)** ¿Y con éste qué hago?

DOCTOR.- ¿Con éste... ? ¡Y a mí qué me dice! ¡Tírelo por una ventana si quiere !... ¡Ya estoy poniéndome yo nervioso ! ¡Métalo en la funeraria ! ¡Y si este tren asqueroso no tiene funeraria como tienen todos los trenes del mundo, pues invéntela ! ¡Abra un compartimiento, póngale dos velas... y a dormir se ha dicho !... ¡Por favor ! ¡Me va a dar una coronaria !... ¡No te fastidia !

(Sale. El Auxiliar arrastra el cadáver fuera, por el pasillo. La puerta queda cerrada. Ruido del tren. Calor insoportable. De pronto, en un momento preciso, los silbidos de los pájaros que han acompañado a veces al tren de una forma larvada, se hacen mucho más potentes, estridentes, agudos. Algunos pájaros chocan contra el cristal de la ventanilla, como despavoridos. Simón parece sufrir una descarga eléctrica. Se pone de pie, mueve el cuello en todas direcciones, escuchando atentamente. Se sienta despacio, sudoroso.)

CAROL.- ¿Le pasa algo?... ¿Se encuentra bien?

(Silencio.)

¿En qué está pensando?

SIMÓN.- En usted.

CAROL.- Está usted sudando...

(Le seca el sudor de la frente, extrañada. Simón respira agitadamente.)

SIMÓN.- ¿Hacemos un pacto?

CAROL.- No lo entiendo. ¿A qué viene eso?

SIMÓN.- Yo sé cómo salvarla.

CAROL.- ¿Cómo... ?

SIMÓN.- Pero tiene que hacer todo lo que yo le diga.

CAROL.- ¿Y qué es?

SIMÓN.- No hay tiempo que perder... Debe usted oírme atentamente... Debe...

CAROL.- Pero...

SIMÓN.- ¡No! Le repito que no hay tiempo que perder. Dentro de un minuto el tren parará. Es la última estación antes de Kiu. Cuando yo le diga debe usted salir corriendo, abrir la portezuela del tren y saltar. ¡A toda prisa! ¡Sin mirar atrás! ¿Me oye?

CAROL.- Sí...

SIMÓN.- Cuando yo le diga: ¡ahora! ¡Tiene que salir corriendo! ¿Me oye? Abrir la portezuela y saltar... ¡Al andén! ¡A toda prisa!

(El tren silba, empieza a frenar. Carol mira a Simón, tenso, electrizado.)

¿Me oye?

CAROL.- Le oigo...

SIMÓN.- Yo... Yo...

(Traga saliva. El tren va parando, paulatinamente. Simón golpea la puerta con el bastón.)

¡Por favor! ¡Por favor!

BABINSKI.- (Malhumorado.) ¿Qué pasa?

SIMÓN.- Desearía orinar... por favor.. No aguanto más... ¿Me quiere acompañar?
(Babinski abre la puerta.) ¿Me quiere coger del brazo, por favor... ?

(Babinski le coge del brazo. El tren se para.)

Créame que siento lo de antes. No lo hice con intención... ¡Ahora!

(Carol sale corriendo por el pasillo. Simón saca el mango del bastón, que es en realidad un estilete y se lo clava en el pecho a Babinski que se derrumba como fulminado con un grito incipiente en la garganta. Se oye un portazo. Aparecen el Doctor y el Auxiliar. Miran horrorizados la escena. Simón se sienta de nuevo, mete el mango en el bastón y permanece inmóvil, con las manos cruzadas, impasible.)

Lo siento.

(Oscuridad. Cuando vuelve la luz, Simón y Holmes, con camisa de fuerza, frente a frente. El Doctor y el Auxiliar en el mismo compartimiento, preocupados, atentos.)

DOCTOR.- ¡Y de esto tendrán que dar cuenta a las autoridades ampliamente! No pienso omitir detalle. No les valdrán argucias legislativas. ¡Ustedes no están locos! ¡Claro que no!... Ustedes son rebeldes natos... brutos... psicópatas de la violencia... asesinos. ¡Eso es lo que son ustedes! **(Fuera de sí, desencajado, se seca el sudor con el pañuelo.)** Vaya un viaje que me han dado... Dos muertes y una fuga. Peleas. Escándalo. Horror y psicofármacos... Sí, porque eso es indudable... ustedes son dos caballos. Con la dosis de barbitúricos que les he inyectado, deberían estar en coma...

SIMÓN.- Doctor...

DOCTOR.- ¡Nada de doctor! ¡Silencio! ¡Cero! Ni una palabra. ¡No quiero oírle ni una palabra!, ¡homicida!... Al menor movimiento sospechoso, al menor rastro de violencia, les juro por mi madre que utilizo el cloroformo. **(Tiene una botella en una mano.)** Esto les va a costar muy caro. ¡Mucho! **(Se da aire con un periódico.)** ¡Por Dios! ¡Miren, empapado! ¡Qué sudores!... Me han hecho perder los estribos. Y hacía años que no los perdía... **(Les enseña una mano.)** Miren cómo tiemblo... Ya pueden estar contentos. Lo han conseguido. Su conducta es bochornosa, señores...; se han comportado como unos auténticos hijos de p...

SIMÓN.- Doctor...

DOCTOR.- ¡Nada ! ¡Nada y nada ! He dicho: nada... **(Golpea el suelo con el pie.)**
Tengo que tranquilizarme... No puedo llegar a la estación en estas condiciones...
Tengo que explicar todo con detalle. Igual no me creen... Tengo que encontrar
las palabras justas... Si me tiembla la voz, igual... igual piensan que yo... yo... **(Se
tapa la cara con la mano.)**

AUXILIAR.- Doctor...

DOCTOR.- ¡Silencio ! **(Se da cuenta de que es el Auxiliar quien le habla.)**
Perdone... estoy muy nervioso. Usted, sí. Dígame.

AUXILIAR.- Es que...

DOCTOR.- ¡Venga, hable ! ¿Qué espera?

(El Auxiliar le dice algo al oído. Carcajada del Doctor.)

¡Que le han entrado ganas de hacer pis ! ¿Ahora? Precisamente ahora que es
cuando más falta me hace... ¡Aguántese ! ¡O no sabe que en cualquier momento
pueden saltar sobre nosotros y sacarnos los ojos ! Yo también me estoy haciendo
pis. ¡Hace una hora ! Y no he dicho nada... Mire...

AUXILIAR.- ¿Qué?...

DOCTOR.- ¡Gotas de orín ! ¡Tengo la vejiga a punto de estallar !

**(De pronto el ruido de los pájaros se hace bruscamente más fuerte,
estridente, pegando contra los cristales, despavoridos, como bolas
de carne. Grito del Doctor.)**

¿Qué es esto?

AUXILIAR.- No sé qué pasará... **(Mira por la ventana.)** Están como locos.

DOCTOR.- ¡Y yo me he hecho pis encima ! ¡Lo que me faltaba ! Mire, todo
mojado. ¿Qué van a pensar de mí cuando llegue?

AUXILIAR.- ¿Y de mí... ? **(Se toca la entrepierna.)**

DOCTOR.- ¿También usted?

AUXILIAR.- Ha sido el susto.

(Nuevos silbidos estridentes, nuevo golpear de pájaros contra la ventana, nuevo chillido del Doctor. Silencio. Cara compungida del Doctor.)

SIMÓN.- Aquí huele que apesta...

DOCTOR.- ¡Silencio!

SIMÓN.- ¡Este olor no hay quien lo resista! ¡La ventana!

DOCTOR.- ¡He dicho silencio...!

(El Auxiliar se tapa la nariz. Mira al Doctor.)

AUXILIAR.- Doctor...

DOCTOR.- (Avergonzado.) ¿Usted también?

AUXILIAR.- ¿Falta mucho para llegar a Kiu?

DOCTOR.- ¡No lo sé! ¡Este es mi primer viaje a Kiu! ¡Y el último! ¡Porque en cuanto llegue, me cojo el tren de vuelta y me vuelvo con mi madre, que es donde debía estar ahora! ¡En mi pueblo, en mi cuarto, metido en la cama, descansando!... ¡Maldito el día en que acepté este trabajo! Si estoy sin puesto, pues mejor. Si no sé medicina, pues mejor... ¡Pero yo no sé una palabra de psiquiatría! ¡Yo soy dermatólogo! ¡Y no he puesto una inyección en mi vida!

SIMÓN.- Se ve.

DOCTOR.- ¿Tiene algo que decir?

SIMÓN.- ¿Sabe lo que le están llamando los pájaros?

DOCTOR.- ¿A mí? ¿Los pájaros?

SIMÓN.- Cagón.

DOCTOR.- ¿Verdad? ¡Qué gracia!... Cagón... ¿Y usted cómo lo sabe?

SIMÓN.- Porque yo comprendo el lenguaje de los pájaros.

DOCTOR.- ¡Ja! ¡Ja, ja !... ¡Usted comprende el lenguaje de los pájaros y yo el de las tortugas! **(Risa histórica.)** No... si de aquí no puedo salir normal. Tengo los nervios a punto de estallar. Me están contagiando sus manías...

AUXILIAR.- Me estoy mareando... Lo siento... Este olor...

(Arcada. Abre la puerta del compartimiento, sale al pasillo, baja la ventana a toda prisa y empieza a vomitar afuera. Holmes, que habrá permanecido con los ojos cerrados, como si estuviera inconsciente, de pronto sale corriendo y salta por la ventana abierta al exterior. Se oye un grito seco. El Doctor se levanta, mira por la ventana. Vuelve, se deja caer sobre el asiento, se tapa la cara con las manos. El Auxiliar, lívido, entra en el compartimiento, se sienta. El Doctor en un ataque de furia, le pega con fuerza, chillando.)

DOCTOR.- ¡Te lo estaba diciendo! ¡No te marees! ¡No abras la ventana! ¡Son muy peligrosos...! ¡Háztelo encima, vomítate encima! ¡Te lo estaba diciendo...!
(Pausa.) Pobre hombre... Ha quedado destrozado... El poste le ha decapitado...
(Pausa. Se tapa la cara.) Otro... ¡Y otro! ¡Y otro!... **(Se golpea la cabeza.)**
Ahora sólo falta que nos pase algo a nosotros y no vea más a mi madre... **(Llora.)**

SIMÓN.- ¿Cree usted en el amor, doctor?

DOCTOR.- **(Partiéndose de risa, histéricamente.)** ¡Me parto! ¡Yo es que me parto de risa con usted! ¿En el amor? En estas circunstancias... Cuando un hombre se acaba de dejar los sesos en un poste... ¡Cuando hemos venido sembrando el camino de cadáveres! ¡En el amor! ¡Y por qué no en la vesícula biliar o en... en... Dios? ¡Sí! ¿Por qué no mete a Dios en esto, ande?

SIMÓN.- ¿Y la esperanza, doctor? ¿Cree usted firmemente como hay que creer en la esperanza? **(Ruido terrible de pájaros, furioso, descompuesto.)**

DOCTOR.- ¡Estos pajarracos...! ¡Estos... repugnantes bicharracos...!

SIMÓN.- Yo, sí. Yo creo firmemente...

DOCTOR.- ¡Calle, monstruo! ¡Canalla! Usted es el peor de todos. Usted ha cometido un crimen... ¡Usted ha apuñalado a un hombre indefenso! ¡Usted...!

(Ruido de pájaros, el Doctor se tapa los oídos. El Auxiliar mira a su alrededor extrañado. El Doctor se pone de pie y grita, al borde del colapso. Silencio. Mira afuera extrañado.)

Se han callado... ¡Se han callado!... ¡Por qué se habrán callado?... ¡Qué es este silencio?

(Silencio denso, grave, pesado.)

SIMÓN.- Ya es inútil.

DOCTOR.- ¿Qué quiere decir?

SIMÓN.- No va a volver a ver a su madre, Doctor.

DOCTOR.- ¿Por qué?

SIMÓN.- Va usted a morir.

DOCTOR.- (Aterrado.) Explíquese.

SIMÓN.- Le repito que ya es tarde. Este tren va a descarrilar. Eso es lo que venían diciendo desde hace un buen rato. **(Silencio.)** Los pájaros son criaturas sorprendentes. Fíjese que no llevan traje y no hay criatura mejor vestida... dominan los aires... dominan la tierra con sus vuelos rasantes y etéreos... y van protegiendo al débil de una forma constante, ayudándole, orientándole en esa lucha sorda que mantiene contra la oscuridad y la fuerza... **(Se pone de pie.)** Amor mío... amor mío... ángel mío... me sigo enamorando de ti, constantemente, eternamente, a pasos agigantados...

(De pronto, lentamente, por el pasillo aparece Carol, que no ha saltado del tren y ha permanecido oculta en algún lugar y vuelve hacia el compartimiento, como hipnotizada, electrizada por la presencia de ese ciego misterioso que comprende el lenguaje de los pájaros, hacia Kiu. Simón no se percata de su presencia y sigue hablando hacia ella.)

No sé si me oyes con el ruido del tren... Tampoco sé si me comprendes por el movimiento de los labios... tan lejos como debes estar... tan lejos de mí, ahora que es cuando más te necesito... ahora que voy camino de la muerte...

(Silencio. A Simón se le caen dos lágrimas por debajo de las gafas.)

CAROL.- Simón...

(Se vuelve a escuchar la canción de Whitney Houston junto al canto de los pájaros.)

(Simón tuerce el cuello hacia donde ha sonado la voz. Ruido de un tren descarrilando entre chispas, gritos, voces. Después, silencio. Se ve a Carol y a Simón, en la casi oscuridad, pero no completa, inmóviles.)

(La melodía de la canción va creciendo. Se va haciendo la luz sobre Carol y Simón, en dos focos que se van juntando. Cantos de pájaros. El telón va bajando lentamente.)

FIN